

giton, sus gloriosos modelos, á ocultar el puñal bajo ramas de mirto, y á inferir al asesinato del pueblo francés, en una cita de placeres donde ciertamente no podía esperar la muerte, el castigo que merecian sus crímenes.» El retrato que Flourens traza de Tibaldi revela bien á las claras toda la exaltacion de su alma. Preséntale como el jóven romano que abrasara su mano derecha en los carbones encendidos, por no haber acertado al rey; preséntale volviendo de la palúdica triste Cayena, más jóven, más entusiasta, y más creyente que el día de su partida; sin ódio á la humanidad que le había olvidado, sin quejas de los hombres que le habían oprimido y puesto en el potro de todos los tormentos; ofreciendo la sangre de sus venas, la honra de su nombre, y hasta la voz de su conciencia como un holocausto á la redencion universal.

En aquella ocasion conoció Flourens tambien al inglés Bradlangh. Indudablemente el reformador británico tiene los sentimientos que le atribuye el publicista francés, á saber: el ódio ardiente á la aristocracia británica, á sus gerarquías y privilegios; al principio monárquico y á la vinculacion hereditaria del poder público; á esa religion protestante y á ese culto anglicano que sienten la nostalgia de Roma y se inspirara en las ideas de la autoridad jesuítica. Bradlangh entusiasma al pueblo inglés con su voz de trueno, con sus ademanes de predicador puritano, con su apostura y prestancia oratoria, con la unción de su palabra que llega hasta el alma, y con su lenguaje de trabajador emancipado en el cual parece como que se oye la voz entera de aquella democracia. Pero si Flourens le estudiara de cerca; si viera los medios á que fia la diffusion de sus principios; su fé en la virtud de la palabra humana, su confianza en los procedimientos legales, su conciencia heroica para aguardar el día en que las ideas elaboradas por su mente, se apoderen de la opinion y pasen desde el sentimiento público á las asambleas deliberantes, y desde las asam-

bleas deliberantes al gobierno y á las leyes; veria con claridad la diferencia que hay entre los hombres acostumbrados á esperar en la lentitud de las sociedades humanas, tardas pero seguras, y los hombres creidos de que pueden crear á su antojo una sociedad nueva con el milagro de la palabra, con los esfuerzos de la conjuracion, en uno de esos días de revoluciones más fecundo en tempestades que en reformas.

Indudablemente Flourens no asoció el ateo, el revolucionario, el iconoclasta, el socialista Bradlangh á sus proyectos de regicidio. Él mismo nos describe en palabras sentidas la causa de que todas sus conjuraciones se descubrieran y de que todas sus tentativas fracasaran. Oigámoslo: «Un falso amigo que había combatido heroicamente con Flourens en Creta durante un año entero por la independencia de aquel heroico pueblo, y que había velado fraternalmente por la salud de su compañero; un falso amigo captado al cebo de quince mil francos de renta, entregó la conjuracion á la policia y á los tribunales bonapartistas.» Es verdad. La conjuracion fué descubierta por los mismos conjurados; pero ¿qué pensaba, qué queria Flourens? ¿Acariar el crimen, urdir el asesinato, proponerse una accion que de consuno rechazan las leyes eternas y las leyes escritas, y encontrarse luego con gentes de conciencia y de honor? El que asesina á sangre fria, ó es un loco, ó es un malvado. Flourens era aquí, no diré el loco, pero sí diré el enloquecido, á lo ménos, el fanático, disculpable en parte porque el exceso de su pasion le obligaba á enagenar su voluntad. Mas la mayor parte de sus cómplices, de sus camaradas, que no tenían la disculpa de su exaltacion, deben llamarse malvados.

Flourens tenia la idea fija de que era imposible llegar á la República sin contar con el ejército y de que era imposible contar con el ejército sin tomar alguna participacion en sus penas y algun interés en sus progresos. Lle-

vado de esta idea destinó en *La Marsellesa* una seccion del periódico á repetir las quejas de los militares. Allí hablaba de todos los inconvenientes y de todos los defectos de las leyes á la sazón en vigor; describia la suerte precaria de los oficiales y de los soldados; criticaba acremente los ascensos inmerecidos y tronaba contra el envio al Africa del ejército de tierra, contra el envio al Senegal del ejército de mar, contra el encierro de los infelices soldados en los silos ó pozos cavados en las arenas del desierto; contra los cepos, contra los suplicios donde morian á millares purgando con verdadera pena capital leves faltas disciplinarias ó ardiente amor á la libertad y á la República. Para rescatar á dos militares, que habían sido enviados al Africa por su asistencia á las reuniones públicas, abrió una suscripcion en *La Marsellesa*; y no descansaba ni un punto en facilitar la desercion y la huida á todos cuantos eran perseguidos por el estado mayor del ejército. En Bruselas encontró á uno de estos soldados, devotos suyos, y agradecidos á sus esfuerzos. Y los comprometió á que, á la próxima revista, encontrándose el Emperador en medio de sus generales, le asentase un tiro y libertára de su tirano á Francia. En su exaltacion, creia descubrir los facciones de Agesilao Milano, del célebre asesino que atentó á la vida del rey de Nápoles, en el jóven soldado enfurecido por los vapores de su palabra. Tres días enteros consumió, tres días de predicaciones incesantes, moviéndole al esfuerzo, al sacrificio; pintándole con los más vivos colores al odioso tirano rodeado de las serpientes de sus crímenes, y al redentor del pueblo circuido de una aureola como la que todavía circuye las sienas de Bruto y de Aristogiton. Mas la realidad vino bien pronto á herirle en el corazon. El soldado gastó el dinero recibido y denunció á la policia el secreto de la conjuracion; y otro de los cómplices, exaltado por aquellas predicaciones y aquellos loores de la virtud antigua, se fué á París á prepararse

epicúreamente al crimen y á la muerte; y le cogieron en el manchado lecho de una mancebía.

En esto sucedió otra catástrofe. Un trabajador llamado Megy fué procesado por los tribunales ordinarios lanzándose contra él un auto de prision. Eran las seis de la mañana del 11 de Febrero. Mr. Dorville, comisario de policia, acompañado de dos inspectores, que se llamaban Mourot y Peticola, daba vuelta á la llave del cuarto donde Megy dormia.

—¿Quién va? gritaron de dentro.

—En nombre de la ley, abrid, dijo el comisario.

—Esperad, abro, respondió la voz.

Pero no abrió.

El comisario volvió á llamar reiterando la fórmula de su autoridad, y reproduciendo su notificacion.

Por fin la puerta cedió. Dorville entró en el cuarto el primero, pero Megy tenia una pistola en la mano y le apuntó con seguridad y le disparó á boca de jarro. El comisario apartó la cabeza y la bala fué á clavarse en las sienas del inspector Mourot, que cayó exánime en el suelo. A los pocos minutos el matador estaba en la cárcel y el muerto en el hospital. Nuevo escándalo, nuevas agitacionnes.

Despues de Megy, fué perseguido Protot, su abogado. El comisario, al penetrar en su domicilio, notó sobre una mesa grande servilleta llena de papeles. Verla, tomarla, abrirla, fué obra antes hecha que dicha. Protot se arrojó sobre el comisario, le derribó, y cogiéndole los papeles, echó á todo correr por la escalera. El comisario se levanta, sale, saca una pistola, apunta, y viendo que no podía alcanzar al fugitivo, dispara al aire. Los vecinos se alarman, los transeuntes corren, el conserje cierra la puerta; y Protot es cogido, maniatado, amordazado, conducido á la cárcel, entre el público terror y la pública extrañeza. Otro escándalo.



Y continúan. El Creuzot es una fundición inmensa, perteneciente á una sociedad riquísima, que presidía el Presidente del Cuerpo Legislativo, Mr. Schneider. Sus trabajadores se declararon en amenazadora huelga, y todavía no ha sido posible descubrir las causas misteriosas que originaron este gran desorden. Muchos lo atribuían á Mr. Rohuer, que se vengaba de su desgracia en la persona que creía haberla principalmente causado. Lo cierto es que el órgano de Rohuer en la prensa francesa atacaba al Presidente del Cuerpo Legislativo por la gestión de la sociedad, y defendía los derechos de los huelguistas. La causa aparente, sin embargo, fué la administración de la caja de ahorros de los trabajadores, administración que llevaba Mr. Schneider, y que los trabajadores querían fuese desempeñada por una comisión de ellos mismos. Mr. Schneider dijo que sometería el asunto al voto de los trabajadores. Y en efecto, decidieron estos por una gran mayoría encargarse de la administración de sus ahorros. Tal voto hirió profundamente á Mr. Schneider, y tal herida le llevó á una verdadera imprudencia. Había entre los trabajadores un mecánico llamado Assy, el cual se distinguía por su inteligencia y por sus servicios. Pues bien, atribuyéndole el voto dado en aquel asunto, lo despidió Schneider de su taller. Esta fué la causa de aquella huelga, que comenzó con manifestaciones políticas y concluyó en saturnales sangrientas. Otro escándalo.

Pero el escándalo de los escandalosos fué el proceso de Pedro Bonaparte. Ante esto ¡ah! todo palidecía. Citóse para Tours el alto tribunal de Justicia; porque jueces vulgares no podían juzgar á derechas de un personaje tan aristocrático y tan distinguido. Necesitábanse talentos superiores y extraordinarios para llegar en público y extraordinario juicio á sostener y acreditar la tesis de que un príncipe tiene el derecho de asesinar impunemente en su palacio á los ciudadanos que van á cumplir penosos deberes sociales, y notificarle

actos frecuentes, autorizados, no por las leyes, pero sí por las costumbres. Tours fué elegido para asiento del alto jurado, capital de la abundante y hermosa Turena, en parte por su situación céntrica, en parte por el ánimo sosegado y quieto de sus habitantes, incapaces de entregarse á las ruidosas manifestaciones al uso. Pero en sus calles, en sus cafés y en sus fondas, en los paseos de sus pintorescas cercanías y en los corredores de su palacio de Justicia, se codeaban los testigos de cargo, los republicanos perseguidos siempre, martirizados, víctimas de su culto á la República y de su odio á Bonaparte, con los imperialistas más exaltados, testigos de descargo, venidos á decir que el bandido de Roma, el pirata de Grecia, el asesino reincidente, era incapaz, completamente incapaz de matar una mosca. Imagínese las miradas de odio y las amenazas de muerte que se dirigían unos á otros aquellos dos bandos tan irreconciliables como los feroces partidos de las ciudades en la Edad media. Si nuestras costumbres y nuestras instituciones lo consintieran, se citan á campal batalla, se asesinan sus sendas enemigas armas, y no cesan de pelear hasta que uno de los dos bandos estuviera exterminado, esparcido en montones de cadáveres sobre la ensangrentada tierra. El presidente, comprendiendo cuán difícil iba á serle conservar el orden sobre el cráter de aquel volcán de odios, dividió los testigos de cargo de los testigos de descargo, y aun así, no pudo impedir las mútuas invectivas y los momentos de confusión y de escándalo.

El veintiuno de Marzo de mil ochocientos setenta comenzó la vista pública de la ruidosa causa. Dentro del Palacio tenían las sesiones todo el atractivo de un espectáculo, y el tribunal todo el aspecto de un teatro; fuera, la muchedumbre inquieta, airada, agolpándose muchas veces á la puerta, y disolviéndose solamente al filo de las espadas y al empuje incontrastable de las cargas de caballería,

curiosa por averiguar las minuciosidades del debate, y por comentarlas y controvertirlas públicamente, demostraba conocer mejor toda la importancia del proceso en sí, y todos los resultados de sus gravísimas consecuencias que las ligeras clases acomodadas, vestidas de fiesta, cargadas de gemelos y anteojos, instaladas como en palcos y butacas, siguiendo los debates por las emociones que producían, y no por las enseñanzas que guardaban, como las antiguas damas romanas seguían las luchas de los gladiadores y las matanzas del Circo.

Pedro Bonaparte estaba pálido como la muerte, agitado como rama sacudida del huracán: aureola moradísima circundaba sus siniestros ojos de ave nocturna, y honda emoción vibraba en su acento estridentísimo, semejante á los graznidos del cuervo y á los mahullidos del tigre. Alto, de facciones salientes y abultadas como un busto antiguo; de fuerzas hercúleas, de temperamento nervioso, no podía reprimir sus ímpetus de fiera, que le llevaban á maldecir y renegar brutalmente; sus vahidos de ira, que le cegaban con los golpes de sangre la inteligencia y la vista; pronto á lanzarse sobre sus enemigos, á pesar de su situación, abrumadora cadena, como esos chacales, que saltan sobre cercana presa, aun á riesgo de herirse con los hierros de su jaula.

Algunas veces, confesémoslo, tenía razón para indignarse. Las torpezas de los demagogos eran tales y tantas, que eclipsaban el horror natural en todo corazón humano á la familia Bonaparte. Veamos un ejemplo. Pascual Grousset, testigo de cargo, se presenta entre dos gendarmes, traído de la prisión, donde yacía por delitos de imprenta que se relacionaban estrechamente con el proceso de Pedro Bonaparte. La juventud del testigo, su apuesta figura, la distinción de su aire, la elegancia de su traje, lo escogido de sus palabras, le valen una de esas corrientes de afectos que no se pueden apreciar ni agradecer bastante

en las grandes ocasiones de la vida, al aparecer ante el público, que si no inspira miedo á las almas enteras, inspira indudablemente profundísimo respeto. Pero bien pronto se enagenó todo aquel afecto por unas cuantas palabras estúpidas é insolentes. El público, la colectividad, poseen como nadie el sentido de lo conveniente y de lo urbano. Cada cual en sí tiene quizá poco tacto, poco sentido; pero todos juntos lo tienen esquisito, completo, y una emoción de efecto ú odio se comunica con más rapidez que una corriente eléctrica. Y es porque en toda reunión, en toda sociedad, no hay solamente la suma de los individuos, hay un espíritu general, superior, que anima á todos, y los vivifica, y los ilumina, y les presta súbitas inspiraciones. Hiriendo este espíritu á los filos de inconveniente salida de tono, perdió Grousset con su palabra lo que había ganado con su presencia. ¿Sois pariente ó afín del acusado? Le preguntó el Presidente, como es de rubrica en casos tales. «No sé, respondió.» Madama Letizia (la madre del Emperador Napoleon I, la abuela de Pedro Bonaparte), tuvo tantos amantes, que no puedo decir á ciencia cierta si el acusado es ó no mi pariente.»

Estas indecentes frases en que se hería el pudor de las señoras, el sentimiento moral, el respeto debido á los tribunales de justicia, y hasta la propia familia del testigo, suponiendo en sus padres ó en sus abuelos relaciones ilícitas con dama de gran calidad, dieron al carácter de Grousset siniestro tinte y quitaron á su declaración toda importancia. Los historiadores más graves y más enemigos de Napoleon I no osaron jamás injuriar á su madre. «Letizia Ramolino, dice Lanfrey, mujer de la más rara hermosura, compañera de los peligros de su esposo cuando estaba en cinta de su primogénito.» «Madama Letizia, dice Michelet, en sus retratos italianos, como el que tengo á la vista, es de una hermosura grandiosa, de un carácter trágico,